

589196

Cervantes y el cerro Lecheros

La vida está llena de hilos invisibles que se entrecruzan como en un bosque igualmente invisible y nos llevan por sendas invisibles y silenciosas de sorpresa vecinal y remota.

Vamos en el año del Centenario del Canto General que Neruda comenzó a escribir en diversos lugares y países. Se ha conmemorado mucho y se han realizado conferencias, exposiciones y una sucesión de congresos y crónicas atisvadas al caso, sin olvidar las conmemoraciones o inconsecuentes fotos de vida social. No se diga que en este país llamado Chile, los chilenos se olvidaron del Canto. Hasta Vial montó una exposición gráfica y literaria, sin olvidar esas "acciones de arte" que se estilaban ahora. Gigantografías y todo, en el Centro Cultural con sede en el Palacio Carmichael. Hasta se demostró la locomotora centenario que trasladaba el arriar de Cruz portando un trenito que cruzaba Villa del Mar, y aunque no se colocó ninguna cronología soya, que habría sido muy útil como elemento didáctico, allí estuvo, pintada de azul y verde, a la entrada del palacio junto a la réplica de Rodin que se levanta en el frente de los jirafes.

Los niños subieron a ella, los viejos también y algunos, pero la tomaron como fortaleza vespertina. Pero se evocaba. El hecho es que terminaron los festejos del hijo del poder ferroviario que le impidió escribir versos en Temuco, más tarde Premio Nobel, y la locomotora permanece allí, una que Rodin proteste hasta el momento. Yo la ladearé un poquito, la pondré sobre el pasto, cerca de los árboles de la derecha. Pero no tengo influencia alguna para sacar a una locomotora de su sitio ornamental, y así prosigue, no lejos del busto de Juan Guzmán Cerda, todo negro, pintado con alfileres.

El nombre de Cervantes y el del cerro Lecheros, que tiene su pequeño ascensor que también se llama Lecheros y que están, visiblemente hablando, al fondo del pasaje Quillota ubicado en la Avenida Argentina de Valparaíso, vecinos del Gasómetro dibujado por Camilo Mori, juegan un papel en esta historia.

Hace unos pocos días, o semanas (tan furtivo es el tiempo), fue descubierta una placa en la casa, hasta ese momento desconocida por todos los biógrafos de Neruda, y en la cual protagonizó uno de sus escondites más anónimos, durante los hechos políticos del año 48, cuando fue dictada una orden de arresto en su contra, desahucio incluido, pues era senador del norte y se había mandado un "yo acusó" muy fuerte en el Senado, que entonces funcionaba en Santiago.

Neruda hacía en esos momentos una noticia grande. Se iba a una casa y otra de sus amigos o admiradores y sacaba el cuerpo al cartel con aquel "se busca" que les ponen a los asesinos. No era para tanto. Así y todo, la orden era perentoria y los escondites también. Otros, bien o mal pensados, decían, con aleteo perdonador. "Pero si si que meces quiere que lo pilles es el Presidente (González Videla). Dice que lo busques, pero que no lo encuentres, porque le gustó mucho el poema que le escribió para la candidatura". (?)

La campaña resultó, pero el poema no, y entonces sucede eso que sucede cuando se crean poemas a musas que se convierten en otras cosas, menos críticas, por usar una palabra discreta.

Por lo demás, los poemas presidenciales siempre son un poco arriesgados.

"Año Valparaíso cuanto oncierras y cuanto irradias, novia del Océano", le cantaba Neruda, desde una ventanita de la calle Miguel de Cervantes y Saavedra, al puerto de sus amores, en esos años 48 en que lo único que quería era escaparse en barco desde el cerro Lecheros.

Subido a una silla o tarima, se colgaba de esa ventanita de la cocina de la casa que él describe a su manera en el Canto General, cuando aparecen sus más hermosos poemas



Escribe
Sara Vial

dedicados a Valparaíso, la ciudad que lo cobijaba como a un grumete travieso, pero en peligro.

No era una simple "casa", como se creía hasta hace cincuenta años, los muros del Canto General. Casa severa, de dos pisos, sólida, a pocos metros del puente de lata del ascensor Lecheros del cerro del mismo nombre, con amplia visibilidad desde la entrada del Pasaje Quillota, en Avenida Argentina, viniendo desde Vial.

Neruda, desahogado pero no por ello menos inspirado, miraba el mar desde esa ventanita, los cerros circundantes, los trenes que llegaban y partían de la estación Barón, con sus pitidos tan nostálgicos como los de Temuco. Todo allí, entonces, al alcance de la mano. Miraba hacia el pasaje Quillota, que en esa época estaba atiborrado de "casas alegres", de

juajo y el misterio. Y Valparaíso debe haber sido su mejor juego.

Su fantasía no descansaba. Ideó unas puertas de closet. De madera hoy ya blanquecina, que ocultaban la bajada a un sótano bastante helado en que se refugiaba en momentos "de peligro". Tenía un timbre que no era un timbre. Al apretarlo, surgía abajo una hacaña roja. Podía ser el cartero. Pero podía no ser el cartero. Podían ser unos señores que cumplían con el deber de encontrarlo en alguna parte. A él y la Hornigueta. Poco o nada se sabe, pero allí, en Cervantes 81, cerro Lecheros, estuvo con Hornigueta y todo. Ella era una verdadera exploradora, a veces se alojaban en lugares separados, pero aquí estuvieron juntos. Claro que no dormían en el pequeño sótano. Subían al baño del segundo piso y compartían un dormitorio decoroso. Al menos, si todo estaba tranquilo.

¿Cómo se concretó esa placa en la casa que no figura sino en los versos del Fugitivo, en el Canto General?

Por azar pero. Partiendo aquí.

Acompañé en 1995 a unos cincuenta españoles. Filmaron los pasos de Neruda por Valparaíso. Querían saber de aquella casa de misterios. Yo sólo sabía que estaba en cerro Lecheros, cerca de un ascensor (por deducción).

El asombrado de pronto se acordó que la calle del cerro a la que da el ascensor se llama Miguel de Cervantes. "Qué casualidad", dijo yo, "ellos son españoles, vienen de la tierra de Cervantes, que al menos filmen la casita". Los ellos del Quijote me inspiraban. Sobraban todos en el ascensor Lecheros.

La entrada del ascensor es preciosa, entra por una casa y sube por otra. Después llega arriba y se ve el mar. Mucho viento, mucho sol. Y nada más. Me senté en la vereda, frente a una casita de dos pisos. Tenía fatiga, me dolía la cabeza: Estaba un poco aburrido.

"Mejor nos vamos al Rostillo", dijo el director. "Calete el Membrillo", corregí ofendido. Y entonces lo insólito, lo paranormal, lo de los hilos que se entrecruzan por un bosque invisible.

Una niña, que viene saltando del ascensor, se detiene. Dice algo al camarógrafo. Este cruza la calle. "Pregunta si eres Sara Vial. Porque quiere hablar algo urgente contigo...".

¡Y es que yo estaba sentada frente a la casa en que Neruda se había refugiado el año 48 y que no figura en ninguna carta mayor de navegación nerudiana!

La misma casa donde acaban de poner una placa conmemorativa del hecho, con asistencia de la Intendencia de Valparaíso, el presidente de la Fundación Neruda y etc., etc.

La ducha fue gentil. Me precipité por la escalerilla del sótano disminuida tras la puerta del closet. Era Alicia vestida en el ropero del país de las maravillas. Los españoles filmaban como si estuvieran en una Venecia a punto de hundirse.

Dicen que el Canal 13 la filmó hace años.

No pude ir a la colocación de la placa, pero sentí como si cualquier cosa pudiera suceder después de ese año 1995 al 2000.

La vida es mágica, todo es mágico, y a la vuelta de una esquina, aunque no se llame Cervantes, puede esperarnos lo increíble.

¿La película española? Se ha dado por canales culturales en España. Se llama igual que un libro mío: "Neruda en Valparaíso".



Pablo Neruda

cartas donde se cantaba con guitarra, un conglomerado popular de vidas que alternaban en un ambiente de barrio festivo. ¿Quién llevó a Neruda a esa "casa de marineros", como dice en el Canto General?

Quién murió y no puede respondernos como quisieramos. Neruda tenía tantos amigos. Y de todos los colores. Era el ruego abierto, moderno y empático de su carácter.

Varios meses pernoctó en esa casa portefa cuyo dueño era un marino mercante. Neruda habla de "hijos marinos". Pudo haberlos. Pero de ellos nada sé. Puede que pertenecían al reino imaginario de la poesía. Pero que el dueño era un oficial mercante, eso sí. Tal vez Neruda le recibía la "Oda al caballito de congreso" o el poema al "Albatros Vagabundo". Tal vez él le consiguiera "el mascarón de proa", "La medusa", que mantuvieron en unas bodegas hasta que regresó a Chile. Tal vez. A Neruda, en sus Memorias, le gustó hablar de pronto a media luz, sin definir en detalle las escenas, buscando penumbras que nos hicieran divagar más tarde. Le gustaba el



La Segunda

DIRECTOR
Cristián Zegers Arizola

EDITORIA:
Servicio Informativo
Pilar Vergara Tagle

REPRESENTANTE LEGAL:
Luis Felipe Leiva de F.

DIRECCION: REDACCION Y TALLERES
Arda, Santa María 5542
Fono 3301111 (Mesa Central)

Cervantes y el cerro Lecheros [artículo] Sara Vial

Libros y documentos

AUTORÍA

Vial, Sara, 1927-2016

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cervantes y el cerro Lecheros [artículo] Sara Vial. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa